

ANESTESIA

El sonido tintineante de los instrumentos en la bandeja de metal, el aroma nauseabundo a desinfectante de quirófano mezclado con yodo. El golpeteo seco de unos suecos que patinan en un hielo de mármol; y el papel rasgado de las túnicas almidonadas. Un poco más allá una radio sintoniza una emisora que bailotea sacudiendo interferencia.

Me habían advertido que a veces uno puede escuchar mientras la anestesia comienza a hacer efecto, pero este estado de una mente lúcida dentro de un cuerpo inerte y sin ojos, comenzaba a asustarme.

Recordé la discusión con Marcos dos días antes de que me internaran, se desapareció toda la tarde, y yo me sentí abandonada mientras aprontaba el bolso para el sanatorio. Dos veces antes lo habíamos hecho juntos, pero lleno de batitas y pañales, el aroma limpio del jabón neutro, la textura rugosa del algodón, y los aromas añejados de los aceites, jabones, talcos, y lociones, rebotaban en el aire como pompas infladas de alegría ansiosa.

Esta vez era diferente, solo ropa sin estrenar repleta del aroma barato e impersonal de las tiendas, no había nada de familiar en ellas, texturas frías y sedosas, repliegues de puntilla y lycras.

Me sentí sola frente a mis cosas pensando que tal vez nunca más volvería a ese mundo suave de edredones, almohadas perfumadas, alfombras algodónadas, y madera exquisitamente pulida por mis ancestros. Testigos fieles y nobles de toda la felicidad que le había arrancado a la vida.

Me sentí la persona más egoísta del mundo, quería todo aquello sin importarme nada ni nadie, no quería irme, no quería dejarlo todo. Me aferré con la fuerza de mil manos al pomo redondo de la cama como si este fuera el mundo y lloré en silencio lágrimas tibias y saladas.

Se agitan las túnicas y una brisa con cuerpo de persona y aroma a jazmines desinfectados se pasea a mi izquierda; siento erizarse una piel de goma, un sonido desordenado a voces bajo el agua viene y va de un lado a otro. El aroma agrio y dulzón a sudor galeno vomita desde la derecha como un volcán en erupciones intermitentes.

Una punzada aguda que se siente en ninguna parte, luego silencio y las brisas que se alejan.

Un frío sepulcral que parece tener peso se extiende cubriéndome como suave mortaja.

De repente, desde un ángulo brota la música como un manantial, estallan los cellos de Mozart cabalgando agitadamente sobre la melodía que se les escapa. Ejércitos de violines se elevan como agudas lanzas hiriendo el silencio en todas direcciones. Desde mis entrañas, graves tambores elevan altares, y el blandir de espadas anuncia más guerreros. Clarinetes y Oboes se entregan al tráfico inasible de la forma, al extravío de una parábola, tomando el curso de mi alma y el voluptuoso festín de mi desgarrado cuerpo.

Inerte, ese cuerpo que ya no poseo, abriga en sus labios el postrer suspiro; tímido pájaro que lleva en sus alas tatuada en heridas mi alma desnuda. Aletear incansable de alma prisionera, que un cáncer verdugo mantiene cautiva y caprichosamente encerrada en mi pecho.

Después, solo silencio y la negrura de un infinito sin ojos; sin ojos, sin bocas, sin palabras, un espacio sin luces ni estrellas. La oscuridad más absoluta y un caer perpetuo. Un viento vacío infla la copa de unas manos que se estiran y se estiran desplegándose livianas como alas. Veletas de hondo naufragio en el céfiro derrotado por un cuerpo que no existe.

Siempre en caída, cayendo a ningún lugar; no hay diferencia entre el aquí y el mas allá, nada con que asirse a la vida, y una mente que ya no posee limites. El miedo desgarrá hacia todas partes; y nada, una nada que no puedo pronunciar, un hoyo que me traga sin piedad, una sensación de oscuridad que me devora y mi aliento que jadea sin respirar.

El vértigo. Y una sensación de nauseas que me convulsiona, un cosquilleo doloroso como miles de picaduras que sube desde los pies, un sabor amargo y punzante desde la garganta. Un frío que baja por el esófago y un aroma fuerte como un cachetazo que me golpea en la nariz. Los parpados pesados como rocas, y la arenilla que raspa junto al agua viscosa de mis ojos.

Una luz brillante que duele como espinas, bultos grisáceos que me miran desde las sombras. Unos labios húmedos, y saliva dulce, acuden en mi ayuda. Unos dedos tibios recorren la curva de mi cuello y el aroma conocido de mi cabello agitado por esos dedos. Una mano pesada que apenas siento mía, es arrastrada por una fuerza ajena hasta una superficie caliente y pinchosa, llena de elevaciones irregulares, la más grande señorea sobre el resto como una montaña, luego dos lagos húmedos, repletos de juncos, un pliegue suave y tibio lleno de ventositas que atrapa mis dedos.

Las risas y las palabras chiquitas como mariposas se posan en mis orejas; el aroma gris polvoriento y gasolero de la calle, se combina con el arco iris de mochilas, lápices, gomas y cascola; juntos luchan por imponerse sobre el blanco y plateado del alcohol, y las camillas y el amargor de los antibióticos. El tenue dulzor a jugo de manzanas se pelea con un chupetín de frutillas.

Y finalmente muchos ojos como platos, repletos de pestañas y brillos, los rostros frescos como la lluvia de mis niños, repletos de flores y prados, moñas y molinetes, me contemplan divertidos. Y el rostro amable y amoroso de Marcos que me acaricia con la mirada. Y la vida, toda ella frente a mí, toda dentro de mí por todas partes, desordenada, sucia y alegre, llena de colores, aromas, sabores y llena; llena, desbordante y preciosa toda entre mis manos, y la tomo nuevamente con la fuerza de mil manos.

Y el vacío de mi pecho que ya no está vacío, está repleto de agradecimiento.